

La poesía de Guy Goffette

Gustavo Guerrero

El Gran Premio de Poesía de la Academia Francesa, uno de los más prestigiosos –y más codiciados– de la literatura gala, ha sido adjudicado en 2001 a Guy Goffette. Aún poco conocido en España y en América Latina, este poeta de origen belga se ha ido ganando, libro tras libro, la exigente admiración de sus pares y el fervor de sus cada vez más numerosos y diversos lectores. La recompensa –reconocimiento al conjunto de su obra– viene a consagrar una trayectoria de más de veinte años que se resume en el reiterado intento de cifrar a conciencia, y con lúcida ironía, las maravillas y las miserias de nuestro vivir contemporáneo: nuestro ascenso, nuestra caída y también algo que está entre los dos extremos, ese momento indefinible que la presencia recurrente de Ícaro simboliza en su poesía.

Nacido en 1947, en un pueblo cercano a los bosques de las Ardenas, Goffette es, como el protagonista del mito, un hombre de dos vidas que se separan en un momento crucial de su existencia y que dejan, en sus versos, el doble signo de la aventura y la pérdida. El bien instalado profesor de instituto, el librero y el editor ocasional ceden su lugar, en los años ochenta, a la figura de un poeta itinerante que viaja por Rumania y por la antigua Yugoslavia, recorre el Canadá y vive sin domicilio fijo, como sus amigos gitanos. Su obra se nutre de este deambular incondicionado, pero, al mismo tiempo, preserva el sentir del exilio y el recuerdo del reino que quedó atrás. *Elogio para una cocina de provincia* (1988), libro con el que recibe el Premio Mallarmé, recoge el doble movimiento de una palabra que evoca con cierta nostalgia la infancia, la intimidad de la casa familiar y los ritmos cotidianos pero que, a la vez, se abre al mundo en un vasto periplo libertario que puede llevarnos a Hamburgo, a Metz o a esos otros lugares que se llaman Pessoa, Goya, Mandelstam o Leopardi –las tan comentadas *dilectures* de Goffette. Nada le es más ajeno, sin embargo, que los juegos eruditos o las pretensiones teóricas de una poesía francesa que aún tiende a encerrarse con demasiada frecuencia en su inveterado hermetismo. Buen lector de Auden y de la tradición angloamericana, Goffette profesa una estética de la sencillez en la cual, como ha señalado Jacques Borel parafraseando a

Valéry, la expresión más justa es siempre la más familiar. *La vida prometida* (1991) es el más logrado ejemplo de esta mesurada dicción y también una muestra del talento de un orfebre que domina con lúdica maestría el arte del soneto. No en vano le debemos la biografía *Verlaine de pizarra y de lluvia* (1996). Su colección de poemas más reciente, *Un abrigo de fortuna* (2001), se compone de homenajes a poetas y a amigos, de antiguas décimas francesas y de una serie de críticas estampas de la vida urbana que por momentos recuerdan a Eliot o a Pound. Quizá el mayor logro de su obra esté en el difícil equilibrio entre la fuerza visionaria de los grandes modernos y el diáfano registro de un habla de cada día. Con estas armas –y un sentido infalible de la prosodia–, Goffette da cuenta del «afán violento de vivir en la fugitiva belleza de las cosas».

He elegido seis poemas de sus tres libros principales. No son muchos, en verdad, pero acaso sí los suficientes para dar una idea de la variedad de registros y de la unidad de visión de su obra. Es de esperar que pronto se traduzca al español alguno de sus libros. Mientras tanto, sirva esta micro-antología de abrebocas y homenaje. No quiero cerrar esta apretada presentación sin agradecer la colaboración del poeta y también de Ina María Salazar, quien leyó y releyó mis versiones, hasta darles una forma definitiva.

Seis poemas

Guy Goffette

CELOS

Durante la noche, cada vez más seguido,
 baja a la cocina
 donde fuman en silencio ante la luna
 las estatuas que el día relega entre los muebles,
 la ropa bajo ese montón de cosas
 traídas de fuera y destinadas al olvido.
 No enciende la luz; se instala en su claridad
 como un cliente entre las chicas,
 y les habla con una voz triste y suave
 de su mujer que se entrega allá arriba, en su propia
 habitación,
 a grandes señores invisibles y mudos
 –Y soy yo el que cuida los caballos, dice, mostrando
 la espesa crin de oro enredada
 en su anular.

Es poco decir que no vivimos
 en la luz, que cada paso
 es una caída de Ícaro, y no hay día,
 no hay ruido, no hay paso
 que no nos erijan en propietarios
 de nada –los dioses mismos perdieron la herencia
 del viento y ahora sus voces dan vueltas en redondo
 mientras el cielo se abre las venas
 en los cuatro horizontes de la habitación
 y las hojas se inclinan
 para recibir, con el oro y la mirra,
 el incienso azul que sube de la tierra.

De Elogio para una cocina de provincia, 1988

Sí, yo también me decía: vivir es otra cosa
que este olvido del tiempo que pasa y de los estragos
del amor y la usura –eso que hacemos
día y noche: surcos en el mar,

en el cielo, en la tierra, sucesivamente pájaro,
pez, topo, en fin jugar a agitar el aire,
el agua, el polvo, los frutos; haciendo de,
ardiendo por, marchando hacia, ¿cosechando

qué? el gusano en la manzana, el viento en los trigales
porque todo cae otra vez, porque todo vuelve
a empezar y nada es idéntico a lo que fue,
ni peor, ni mejor,

que no cesa de repetir: vivir es otra cosa.

Ella dice: no hables, si vienes para quedarte.
Basta con la lluvia y con el viento entre las tejas,
basta con el silencio que se apila en los muebles
como capa de polvo, tras los siglos sin ti.

No hables todavía. Sólo escucha lo que fue
un acero en mi carne: cada paso, una risa
a lo lejos, el perro que ladra, la cancela
que bate y el tren que no acaba de pasar

sobre mis huesos. Guarda silencio: no hay nada
que decir. Deja que la lluvia vuelva a ser lluvia,
y el viento, esa marea bajo las tejas, deja

que el can grite su nombre en la noche, que bata
la cancela, que a ese lugar de muerte se vaya
lo ignoto. Quédate si vienes para quedarte.

Lo recuerdo: todos pasaban corriendo
 por el pasillo del metro, a la izquierda, a la derecha,
 empujando, apremiados, y ya como
 engullidos por su sombra. Corrían

unos contra otros, con la misma cara,
 con la misma noche, y cada uno era la noche del otro
 y todos, como los pájaros fulminados
 que la tormenta arrastra

hacia la roa de los bosques muertos, todos
 como uno solo se hundían en sí mismos,
 en ese granero atestado de escombros
 y de muertos donde reina y triunfa

el gran espejo blanco de los ciegos.

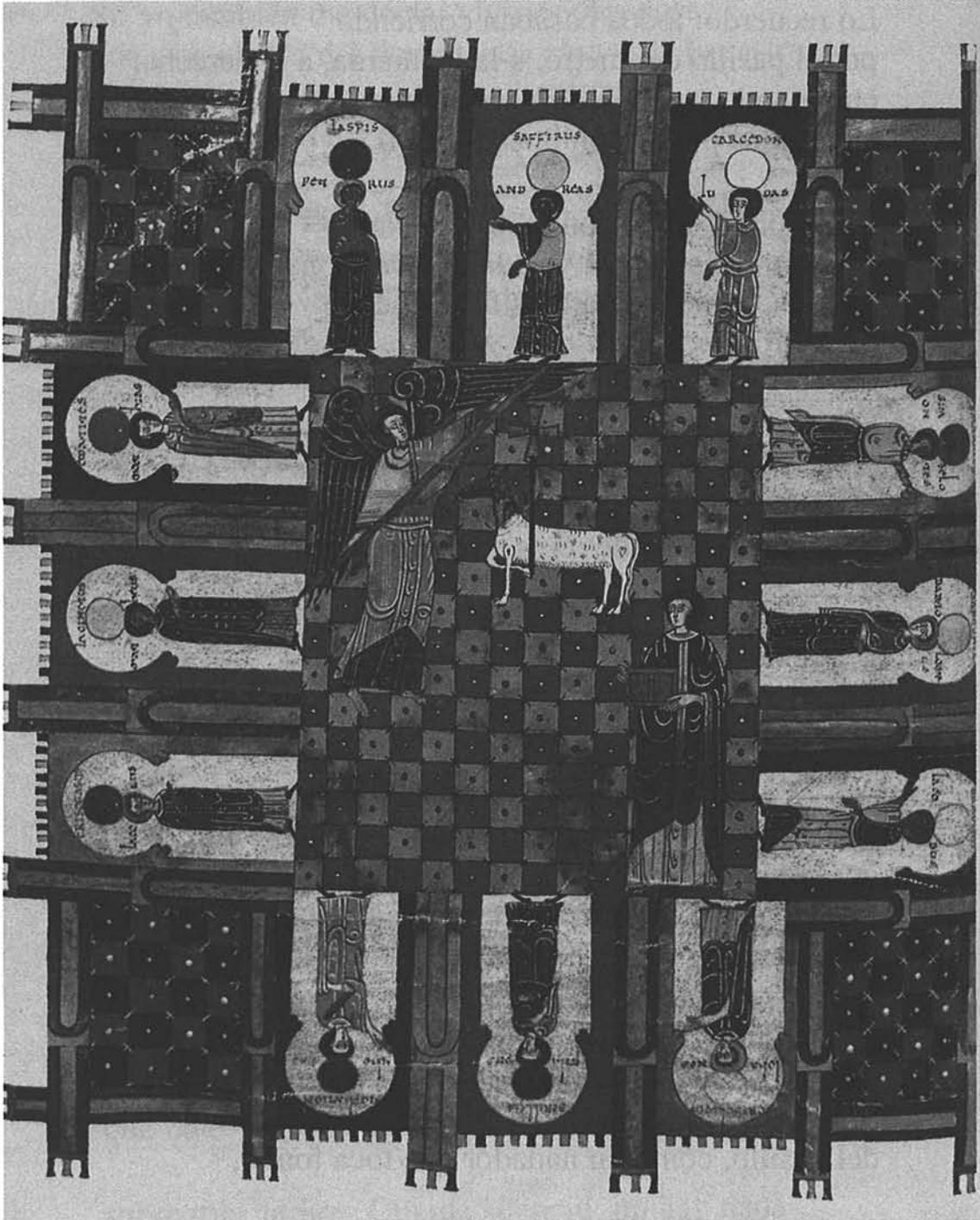
RESPUESTAS DEL PASTOR

Ignoro si se me prometió un día otro cielo
 que éste que os fuerza a bajar los brazos.
 Como vosotros, sufro las tempestades y el frío
 y la fatiga insomne; me atraviesa el desierto,

la ausencia de rostros, todos esos puños de piedra
 y el golpeteo de los vivos en el laberinto.
 Sí, como vosotros, tengo miedo de llegar al final
 del pasillo, como un nadador que toca fondo,

y de descubrir que todo aquí fue vanidad, caída,
 falsos milagros que no alzaban al hombre por encima
 de sí mismo, ahí donde el cinturón de sombras
 se desprende del corazón y cae

con la noche entre los accesorios.



Beato Facundus: *Visión de la Jerusalén Celestial* (1047)